# PALETA DE VALORES

Beatriz Alcázar López

# PALETA DE VALORES

Beatriz Alcázar López

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2022
©Beatriz Alcázar López 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-98-6
IBIC: FV

*Este libro está dedicado, al igual que todo lo que hago, a mi hija Tonisa y a mi nieta Beatriz que son el pilar de mi vida. A mi sobrina Ángela que me ha ayudado mucho y sé que lo ha hecho de todo corazón. A mis hermanos por su admiración por todo lo que hago y por lo mucho que me han cuidado siempre. A mi sobrina Cristina porque la quiero y la admiro. A mis sobrinos que a todos los veo especiales. A mi amigo y maestro Sergio Reyes que siempre que le pido ayuda está dispuesto para mí. A mi amigo Paco Martínez Salcedo, por su ayuda incondicional y por las sobremesas que me ha dedicado, con su risa especial, que da confianza.*

*También va dedicado a Ángel Ruiz ya que uno de los personajes del libro está inspirado en él.*

*Y por supuesto a las personas que ya no están entre nosotros, pero siempre estarán en el fondo de mi corazón.*

*A casi todas las personas que aparecen en esta historia, ya que al escribir sobre sus vidas, estas quedan en el aire, y muchas de ellas aún siguen existiendo. Al consultar con ellas, hemos llorado juntas al recordar, ya que en algunas anécdotas yo también estaba.*

*Va dedicado a todas las mujeres que se sientan débiles para que se den cuenta de que la debilidad no tiene por qué existir, sino para darnos más fuerza para luchar contra las adversidades y ganar siempre nuestras batallas y conquistar el sitio donde merecemos estar*

# PRÓLOGO

*«Dios te libre, lector, de un prólogo largo y de los malos epítetos»*. Esta primera frase ya fue escrita hace más de trescientos cincuenta años por el gran Quevedo, precisamente, en un prólogo. Y no puedo estar más de acuerdo con ella. Por eso mismo, trataré de abreviar en este. Vamos a ello.

*Paleta de valores* es la primera novela que publica su autora y la temática no puede ser más adecuada. Y esto es así porque *Paleta de valores* va, sobre todo, de superación. Y su autora, Beatriz Alcazar, al escribir y publicar esta obra se convierte en un ejemplo, en sí misma, de esa superación de la que hablo.

También su título, *Paleta de valores*, nos adelanta la nobleza con la que nos vamos a encontrar entre las líneas que la autora lorquina nos trae. Por supuesto, también hay malicia en algunos personajes, pero el valor y los valores de los protagonistas les ayudarán a enfrentarse a las problemáticas que vayan surgiendo. Así, irán convirtiendo esta historia en una hermosa lección de vida tan necesaria en estos tiempos de creciente individualismo y egoísmo social.

Bien hilvanada, la escritura sencilla pero eficaz de Beatriz nos adentra en algunos de los sorprendentes mundos que, en silencio, discurrían en la España de la posguerra. Mediante historias personales y plausibles que se engarzan entre sí a través de sus páginas llegamos a emocionarnos y hasta a enamorarnos de algunos de estos personajes. Y leemos sin descanso queriendo saber qué será de Cristina desde el momento en que se queda sola. ¿Y de Juan, tan injustamente encarcelado? ¿Cómo podrá Andrés conservar su relación y salvar, así, el amor? Estas y muchas otras preguntas surgirán durante la lectura, empujándonos a pasar de página y devorar el libro con voracidad.

No es este prólogo el lugar para responder a las citadas cuestiones, ni mucho menos. Más bien será el lector el que deba descubrir lo que le sucede al elenco de personajes que protagoniza *Paleta de valores*. Será usted quien se deje enamorar por ellos (hay un amor para cada persona en esta obra, sin duda) y quien los eche de menos cuando haya finalizado el libro. Y esto último lo digo con conocimiento de causa, puesto que lo leí hace más de una semana y aún extraño a Cristina, a Juan, a Cristóbal y Josefina, a Andrés, a Miguel y a algún otro. Avisados quedan.

En fin. Pedí al principio, citando a Quevedo, que Dios nos librase de prólogos largos y trataré de cumplir este ruego deteniendo aquí la redacción de esta presentación de *Paleta de valores*. Los invito, eso sí, a sumergirse entre las letras sosegadas, humildes y sabias de Beatriz Alcazar, un nuevo valor literario que maneja una colorida paleta de palabras que, difícilmente, podrán olvidar.

Sergio Reyes Puerta, 6 de abril de 2022

# 0

Cristina era el amor de Juan, y Juan el amor de Cristina. Se amaban y los dos sabían que era un amor prohibido, pero ellos no pensaban separarse; tenían solo dieciséis años, ellos sentían que se amaban para siempre, y que nada los podría separar.

En casa de Cristina se celebraban muchas fiestas, y cuando estas terminaban Juan se escondía en la caseta de herramientas del jardinero. Por un ventanuco veía a las gentes salir: señoras muy elegantes, enjoyadas, con vestidos lujosos, y señores con bastones de empuñaduras de oro y sombreros muy elegantes subían a sus coches y se marchaban. Él, mientras tanto, esperaba a Cristina muerto de celos, ya que su padre la obligaba a estar en las fiestas; quizá estuviese bailando y coqueteando con aquellos mozalbetes ricos. Él esperaba allí y sabía que cuando la gente se fuese Cristina acudiría a la caseta. Allí se unirían sus cuerpos de niños, recién abiertos a la sexualidad, vibrarían apasionadamente, sin control de nada, solo dando rienda suelta a sus amores de niños adolescentes, que solo pensaban que se amaban locamente, que se sentían el uno al otro. Después se relajaban y abrazados permanecían allí hasta la madrugada.

Un día, en una de esas fiestas, don Julio que tenía un título nobiliario de conde y, por lo tanto, muchísimo dinero, tierras y ganadería, donde tenía labradores que le cultivaban los terrenos y ganaderos que le cuidaban el ganado, le dijo al padre de Cristina:

—Estoy muy dolido, ya que mi hijo Julito está muy enamorado de tu hija, y ella no le hace ningún caso.

—Es que Cristina es aún una niña que no se fija en los muchachos. ¿No ves que no está con ninguno? Aún no está en esa onda.

—Sí, veo que no está con ninguno, pero mi hijo se le ha declarado, y ella no le ha hecho ningún caso.

—Pues tu hijo es un chico muy guapo que ciertamente destaca de otros muchos. Yo veo que muchas chicas andan tras de él.

—Sí, pero mi hijo está muy enamorado de tu hija, solo tiene ojos para ella.

—Tampoco hemos de tener prisa, los muchachos son muy jóvenes aún.

—Mi hijo ya tiene veinticinco años, y está loco por ella, por eso su impaciencia. Mira a ver si puedes insinuarle algo, a ver si se fija en él.

—Pues yo hablaré con ella del tema, pero no te garantizo nada. Ya sabes cómo son los jóvenes de hoy en día.

Don Pedro no estaba muy de acuerdo, pues el muchacho le parecía algo bobo. Con veinticinco años, y no se le había ocurrido hacer nada para merecer algo, solo vivía del dinero de su padre, de fiesta en fiesta, sin estudiar nada. Don Pedro era más exigente y más activo, su hijo tenía diecinueve años y estudiaba para ser abogado del estado. En cambio a este Julito no se le ocurría hacer nada, pero a don Pedro le gustaba mucho el título nobiliario y la gran fortuna de don Julio.

Una noche después de una de aquellas fiestas, don Pedro decidió hablar con su hija, con la única pretensión de ver si es que su hija, en realidad, no se interesaba por ningún otro, o es que no le

gustaba Julito. Con esa intención, después de irse los invitados, don Pedro, se dirigió a la habitación de su hija. Tocó a la puerta para pedir permiso y entrar, pero no obtuvo respuesta. Era imposible que ya se hubiese dormido si acababa de entrar; volvió a tocar, y nadie contestó. Pensando si le habría sucedido algo, abrió la puerta y quedó estupefacto: ¡allí no había nadie!

Se dirigió a las otras habitaciones. En algún sitio tendría que estar. Llamó a gritos: «¡Cristina! ¡Cristina!» y Cristina no contestaba. Llamó al servicio y nadie sabía nada. Algunos sí sabían, pero callaban y no decían ni una palabra, pues eran conscientes de la gravedad del asunto; estaban seguros de que si don Pedro se enteraba de que sabían algo y callaban no lo perdonaría.

Don Pedro muy preocupado, llamó al guardia que se encargaba de vigilar las puertas, pero este tampoco sabía nada. Preguntó a los mozos que habían cuidado de los carruajes y obtuvo la misma respuesta.

Ellos dos, desde la caseta sabían que estaban buscando a Cristina, pues su padre daba voces por el jardín y ellos estaban quietecitos, sin decir nada. Fue el mismo don Pedro quien dio una patada a la puerta de la caseta y esta se abrió. Los vio allí, abrazados, medio desnudos, con los ojos muy abiertos y muertos de miedo. Don Pedro no les dijo nada a ellos, solo a uno de los guardias, al que ordenó que llevase al chico a la Guardia Civil y ya vería mañana lo que hacía con él. Cristina se fue al salón y cuando la vio su padre esta estaba temblando. Don Pedro solo le dijo:

—Acuéstate y mañana hablaremos.

Cristina se fue a su habitación. Su miedo era por lo que le pudiera pasarle a Juan, por ella no temía nada. Mañana ella se defendería. No durmió nada en toda la noche, por más que lo intentó, solo pensaba en qué le estaría pasando a Juan.

A la mañana siguiente entró su madre, doña Juana, y al verla le pasó una mano por el pelo y por la cara, la besó en la frente llena de ternura y le preguntó:

—Pero hija ¿qué estabas haciendo? Sabes que eso no está bien.

—Lo que no está bien mamá es que yo esté aquí enamorada de un chico y porque no es rico no pueda acercarse a mí. ¿Qué pasa?, ¿que yo no puedo casarme con un hombre si no tiene dinero? Pues yo no me enamoro del dinero, yo estoy enamorada de Juan, y si no puedo estar con él no estaré con nadie y te aseguro que no voy a ser monja.

Doña Juana quedó perpleja del desparpajo de su hija. Sintió que tenía razón, ya que ella nunca estuvo enamorada de su marido; cuando ella se casó fue por mandato de su padre, por el maldito dinero que tenía don Pedro.

—Hija, no puedo decirte nada, tú ya sabes que lo que diga tu padre, yo lo tengo que acatar, aunque no esté de acuerdo en el fondo de mí, pero la vida es así, y yo no puedo cambiarla.

—Te aseguro que yo seré de Juan o de nadie más. Es inteligente, es guapo y no me quiere por mi dinero, me quiere a mí por mí misma, sin egoísmos; me quiere como jamás me ha querido nadie y no quiere nada de mi estatus. Nos iremos donde no exista tanta porquería de sociedad, ni de ambiciones, donde las gentes se mueven por sentimientos y valores y no por el dinero y todo lo que se hace con él. Odio a las personas, que como mi padre, piensan que a la gente se la compra y se la vende con su maldito dinero. Creo en las personas por sus propios valores, y Juan tiene todo eso, lo que a mí me gusta: su humanidad, su valentía y muchas cosas más que te podría seguir diciendo. Aunque no tenga dinero que ninguna falta le hace.

—Eso lo dices porque tú siempre has tenido lo que has querido, y no sabes lo que es carecer de él.

—No mamá, Juan y yo trabajaremos, saldremos adelante sin toda esa hipocresía. Eso si papá lo admite, si el considera darnos una oportunidad, Juan trabajara en lo que sea; de hecho, está estudiando. Yo también estudiaré y viviremos de eso. Papá puede disponer de su dinero como le dé la gana, como a él le plazca.

—Pero hija….

—No, no mamá, igual que mi hermano estudia ¿por qué no puedo estudiar yo?

—Hija, porque tu padre piensa que tú te casaras con alguien de tu rango y no te hace falta estudiar, es muy raro que una mujer estudie.

—Mama, te quiero mucho, pero no quiero seguir hablando de esto contigo, ya que nunca estaremos de acuerdo.

—Pues a Juan se lo han llevado a la Guardia Civil, y ya sabes que tu padre tiene mucha mano allí, no sé lo que pasará.

—No creo que lo maten, y si así fuese ten por seguro que el que lo haga lo pagará con creces, y con la misma moneda, aunque sea mi padre. Yo no soy una niña de esas remilgadas. Yo soy una mujer fuerte y no voy a consentir dejar que nadie maneje ni mis sentimientos ni los de Juan.

—Hija, me estas asustando. No sé lo que hará tu padre, por el momento a ese chico se lo han llevado a la cárcel.

—Mamá, déjalo no te metas más entre papá y yo, ni te preocupes. Cuando yo vea lo que hace mi padre, así haré yo, porque ¿sabes? Siento que no he hecho nada malo, solo querer y amar a Juan, que no tiene dinero. Eso ha sido a escondidas porque sabía que no se me iba a permitir. ¿Acaso no es cierto que esas fiestas que prepara mi padre últimamente no eran para buscarme un novio rico? Y lo quiere de esos condes o duques y todos esos inútiles que solo sirven para gastar el dinero de sus padres; esos mantenidos que ni siquiera estudian porque no valen para nada. Pues a mí me parecen muñecos de cera.

—Hija no te puedo decir nada, me siento yo también una inútil que solo hice casarme con tu padre y ahora que tú tienes un problema ni siquiera soy capaz de saber aconsejarte. Yo soy otro muñeco de cera, que solo he servido para ponerme lo más guapa posible para que tu padre me exhibiera como si fuese un trofeo.

—No digas eso mamá, yo no lo he dicho por ti, siento si te he ofendido, pero no es tu caso. Tú has tenido a tus hijos, nos has criado y educado lo mejor que has podido. Pero Pedro José está estudiando y yo no quiero ser una mujer inútil. Pues algo bueno habrás hecho para que nosotros tengamos unos conceptos de la vida.

—Bueno, dejémoslo así. Yo estoy muy preocupada con la decisión que pueda tomar tu padre respecto a ese chico y tú.

—No te preocupes mamá, me ha dicho que hoy hablaría conmigo. Antes tenía miedo, pero ahora no tengo ninguno, a no ser que decida matarme, pero no creo que llegue a tanto. Nada de lo que me pueda hacer me hace temer.

Doña Juana, le dio un beso a su hija y se fue. Cuando entro en el salón, su marido le preguntó:

—¿Qué dice Cristina?

—Está muy enfadada por lo del chico, por lo visto están muy enamorados, y dice que afrontará lo que tú le digas, pero no ha dicho cómo.

—Bueno, iremos viendo, ya he hablado con Julio, y dice que su hijo está dispuesto a casarse lo antes posible por lo enamorado que está de ella. Así, todo está arreglado.

Doña Juana no quiso decir todo lo que Cristina había dicho, pero ella estaba segura de que no se casaría con Julito.

En varios días, don Pedro no fue a ver a su hija, pero sí encargó al servicio que la puerta no se abriera para nada, que su hija no saliera de allí bajo ningún concepto; ellos serían los responsables.

Le servían el desayuno y la comida; entraba siempre su madre que le informó de que su padre responsabilizaría a la servidumbre si ella se escapaba.

—No te preocupes mamá, ni siquiera haré la intención, no quiero perjudicar a nadie, y menos a estas personas, que esto ni les va ni les viene. Yo no tengo prisa.

Cristina agradecía a la servidumbre el tiempo que sabía de sus escapadas nocturnas y no decía nada para protegerla a ella.

—Entonces ¿qué piensas hacer?

—Esperaré a que mi padre venga, según lo que él me diga, yo obraré en consecuencia.

Pasó un mes, y don Pedro seguía sin aparecer. Una mañana, se decidió a hablar con su hija; le anunció su visita, y ella se preparó para recibirlo.

—Dios te guarde hija.

—Y a usted también padre.

—Veo que te encuentras muy bien, un poco pálida, pero será por falta de salir a la calle.

—No tiene importancia padre, yo me siento bien.

—Quiero hablar contigo largamente, ¿quieres que nos sentemos?

—Sí, padre. —Ella se sentó dejando a su padre en el sillón más grande y confortable.

—Mira hija, esta situación es lamentable, es un sin sentido. Yo no quiero que estés aquí encerrada, pero quiero solucionar esto de una forma que te afecte a ti lo menos posible, y a nuestra reputación tampoco le afecte.

—Pues usted dirá padre.

—Mira, la misma noche fatídica que pasó lo que pasó en la fiesta había estado yo hablando con don Julio y me dijo que su hijo Julito está muy enamorado de ti y que tu no lo tienes en cuenta. Es un buen chico, nunca se le ha oído un escándalo; es un muchacho

muy rico bien parecido y está dispuesto a casarse contigo cuanto antes. El chico está tan enamorado de ti que lo único que quiere es estar contigo, cosa muy de agradecer tal y como están las cosas; yo le he dicho que hablaría contigo, que casi seguro dirías que sí.

—Padre, siento mucho lo que voy a decirle, pero no pienso casarme con ese pelele insulso e inútil. No, no pienso casarme si no es con Juan.

—Pero hija, si ese Juan no tiene ni donde caerse muerto, si no tiene ni apellido, ni se sabe quién es su familia ¿qué vas a hacer tu con ese don nadie, que no tiene ni para darte de comer?

—Padre, discúlpeme usted, pero tiene nombre y familia; tiene dignidad, cosa que falta mucho por aquí.

La indignación de don Pedro le hizo subir el tono de voz.

—Pues no lo volverás a ver, te lo juro. Se va a pudrir en la cárcel, y tú vas a quedar aquí encerrada, ya veremos con el tiempo quién gana la partida.

—Yo ya llevo algunos juegos ganados de esa partida, padre —dijo Cristina desafiante. Y don Pedro, diciendo palabras ininteligibles, dio un portazo y salió de la habitación.

Cristina quedó tranquila, ella no tenía prisa ni problema por estar encerrada, pero sufría por Juan; aunque si su padre decía que estaba en la cárcel… Para ella fue una buena noticia, es que estaba vivo, y si lo estaba ya se encontrarían, pero su vida era Juan y no pensaba retroceder ni un ápice, por mucho tiempo que estuviesen encerrados.

Pasó otro mes, Cristina seguía encerrada, con la misma calma. No se encontraba muy bien, ya que todos los días vomitaba el desayuno, pero pronto se le pasaba. Durante el día tenía nauseas varias veces, pero eso sería algo pasajero, y no le dio importancia. Sin embargo, unos días después, se dio cuenta de por qué le pasaba eso: ¡¡Estaba embarazada!! Cuando lo supiera su padre haría estallar al mundo. Ella se alegraba tanto y le producía una felicidad; iba a

tener un hijo de Juan. Ya empezó por acariciar su vientre y sonreía ilusionada.

Su madre la visitaba casi todos los días. Esta vez que fue a verla, Cristina se alegró mucho. Dudaba en decírselo a su madre, pero esta lo contaría a su padre y ella no quería perderse la reacción de su padre al enterarse, por eso decidió callar y no perderse el espectáculo. Su madre le dijo que le veía mala cara, que estaba pálida y ojerosa.

—Es normal mamá, aquí no me da ni el sol ni el aire. ¿Cómo quieres que esté? Además de no moverme, no tengo ganas de comer.

—Hija ¿por qué no le dices a tu padre que sí, que te casas con Julito, y se acaba esta pesadilla?

—Mamá, la pesadilla sería para mí. Yo no aguanto a ese memo, tendría hijos de él, y no lo soportaría.

—También es verdad que tu vida sería muy cómoda.

—Mamá, eso fue lo que tú hiciste y nunca has sido feliz, ni has estado enamorada. ¿Y tú me aconsejas que yo haga lo mismo?

—No sé hija, es que tu padre no cede y está muy dolido.

—Más dolida estoy yo, y no soy la que va a ceder.

—Pues él está igual que tú, cargado de razones, no piensa ceder; dice que ya te cansaras de estar aquí encerrada, que ese chico también está encerrado. ¡Dios sabe para cuánto tiempo! Igual años.

—Bueno mamá, tú eres una mujer hecha a la justa medida para hacer feliz a un hombre. Yo te admiro con esa bondad que tienes para sacrificarte tú por los demás, pero yo soy diferente. Yo soy fuerte, de ideas claras y nada flexible, por lo tanto, te aconsejo que no te metas en esto, porque él dice que no va a ceder y yo tampoco, así que el tiempo dirá. Tú estate tranquila, que a mí no me pasa nada, ni me va a pasar, y soy yo quien va a ganar esta partida. Te lo aseguro.

—Hija, sois los dos igual de testarudos.

—Sí, pero tenemos grandes diferencias y son insalvables.

—Yo no sé en qué va a terminar todo esto.

—Mamá, si yo sé que papá no es malo, lo que pasa es que el dinero, el estatus y el poder son su perdición, y todo eso para él es más importante que mi felicidad, incluso que yo misma. Posiblemente esté sufriendo de tenerme aquí encerrada, pero claro, son más fuertes sus prejuicios que sus sentimientos. Tiene una sola hija y no la puede casar con quien él quiere, que no puede manejarla a su antojo y eso no lo soporta, ¿ves cómo a mi hermano no le dice nada? Y mi hermano hace lo que quiere, y yo por ser mujer tengo que hacer lo que mi padre me imponga. ¿Que quiero estudiar? No hace falta. ¿Que yo me enamoro? Si el chico no es de su agrado no vale. ¿Ves la diferencia?

—Hija es que los hombres son otra cosa.

—Que sí mamá, tú sigue mirando el mundo con los ojos de tu marido por ese ventanuco que la vida te deja. Si así eres feliz, pues sigue así, yo no he nacido para ser un trofeo.

—Es que te lo tomas de una forma muy rotunda.

—Además si tú sabes lo que le pasa a mi padre: es que el patrimonio de Julito es inmenso y papá quiere amasar fortuna. Pues ¿sabes que te digo yo? Que no quiero ni la fortuna de papá, ni la de Julito, ni la de nadie. Yo quiero ser una mujer libre, que pueda estudiar, que pueda amar, que pueda casarme con quien quiera, o no casarme, ya es hora mamá de que el mundo cambie algo, ya es hora de que las mujeres tengamos un sitio en la sociedad donde podamos hablar y se nos escuche, que tengamos derechos, que se nos escuche lo que podamos decidir.

—Hija no te puedo oír hablar así, vas a tener muchos problemas, ya lo estás viendo.

—Vale mamá, no te metas entre papá y yo, por favor. Yo no quiero haceros daño, pero tampoco quiero que me lo hagáis a mí y

papá me lo está haciendo. ¿No ves que si me dejo, me anula como hizo contigo?

Se dieron un abrazo y doña Juana se fue llorando.

Cristina se quedó sola pensando en su embarazo. Ella no sabía mucho de esto, pero le faltaba la menstruación y aquellos vómitos mañaneros le indicaban que estaba embarazada. Además se notaba extraña: su cuerpo había cambiado. Era demasiado joven, pero se alegraba mucho de tener un hijo de Juan, sería su consuelo; aunque también sabía que no era el momento más idóneo. Pero su padre tendría que aguantarse, si no lo quería ya lo querría ella por los dos, y cuando saliera, ya buscaría ella a Juan. Vivirían los dos juntos, con su hijo o hija; desde luego si tenía una niña no haría con ella lo que su padre sí hacía, le ayudaría a ser independiente y libre como el viento.

Ya hacía tres meses que Cristina estaba encerrada y nunca había hecho el intento de salir. Estaba rebelde, aunque tranquila; sabía que su padre no le iba a hacer nada ya que este era testarudo, pero cobarde. No le iba a pegar, ni hacerle otro daño más del que ya le estaba haciendo. No obstante, cuando se enterara de su embarazo no sabía cómo reaccionaría.

Un día su padre entró y le dijo:

—Buenos días hija. ¿Cómo estás?

—Buenos días padre. Yo estoy perfectamente ¿y usted? —preguntó Cristina con la barbilla alzada, como desafiante.

—Yo también estoy muy bien. ¿Quieres que hablemos?

—Sí, claro, iba yo a mandarle razón de que quería hablar, pero pensé que vendría usted pronto y he decidido esperar. Como no tengo prisa…

El gesto de don Pedro se relajó, estaba seguro de que Cristina le iba a decir que estaba dispuesta a casarse con quien fuese, pero que quería salir de allí, y con voz muy apacible, le preguntó:

—Dime una cosa hija, tengo una curiosidad. Si sabes que la puerta está abierta, solamente vigilada por un sirviente, ¿por qué nunca has decidido escaparte?

—Por dos razones padre: una porque sé que si salgo, usted responsabilizará al sirviente que esté en ese momento, y lo despediría o algún otro castigo le daría y el que sea no tiene culpa de nuestras diferencias; y la otra razón es que yo no he hecho nada malo, no me arrepiento de nada, y no tengo por qué irme. Además, esta es su casa, pero también es la mía, usted me trajo aquí y tengo el mismo derecho a vivir aquí que usted.

—Bueno, bueno, entonces ¿ya has decidido bajar los humos y aceptar a Julito con tal de salir de aquí?

—Eso no lo haré yo ni muerta y tendría que matarme usted.

—Hija tienes un desparpajo insolente que te hará mucho daño en la vida. La rebeldía que tienes solo te va servir para sufrir y no lo lamento, lo tienes merecido, pues alguien tendrá que dominar ese carácter soez. Si no soy yo, será tu marido lo que será más humillante para ti.

—No será así padre, yo sé defenderme sola, no necesito ni marido, ni a usted pensando en dominarme como si yo fuese un potrillo. Yo tengo mis derechos y usted no los respeta, quizá sea usted el que tenga que aprender.

—¡Con derechos o sin ellos, te vas a casar con Julito, que él lo está deseando! Y si no se celebra pronto la boda, vas a estar encerrada, pero no como ahora, ¡será con llave y no saldrás jamás hasta que cambies de opinión! —Esto lo decía don Pedro gritando y jadeando con las manos que parecía un energúmeno.

—Yo ya he elegido con quien quiero casarme, mi elección está hecha: es Juan y es irrevocable. Si no estoy con él no estaré con nadie.

—Pues con ese Juan ya te aseguro yo que no vas a estar.